

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

Lejanos debates sobre el idioma de los argentinos {*

*A Horacio González, Juan José Gianni, Eduardo Toniolli y
Sebastián Artola, por compartir el interés y el fervor
que sostienen estas reflexiones.*

135 { texturas 5-5

Este trabajo analiza el modo en que fue planteada la cuestión de la lengua y la literatura nacional en una serie de trabajos publicados a lo largo de las décadas de 1920 y 1930. Generalmente polémicos, esos trabajos de tipo ensayístico coinciden pero también divergen en su afán de dar cuenta lo que podrían considerarse los rasgos propios del ser nacional y de la identidad de los argentinos. Desde ese punto de vista, este artículo pasa revista a fragmentos de Ezequiel Martínez Estrada, Raúl Scalabrini Ortiz, Oliverio Girondo, Jorge Luis Borges, Ramón Doll y Roberto Arlt.

This article analyses the way in which national language and literature were discussed in some published texts in the decades of 1920 and 1930.

Usually polemic, these essays coincide but also differentiate in their attempt to define the national identity of the Argentinian. From this point of view, this article analyses some fragments of Ezequiel Martínez Estrada, Raúl Scalabrini Ortiz, Oliverio Girondo, Jorge Luis Borges, Ramón Doll and Roberto Arlt.

{* Trabajo leído en las II Jornadas de Pensamiento Argentino, organizadas por la Universidad Nacional de Rosario en noviembre de 2004.

Como es sabido, entre las décadas del veinte y del treinta del siglo pasado la *cuestión nacional* cobró una fuerza y una presencia verdaderamente relevantes en el campo cultural argentino. A la manera de un vector que, originándose en la parte final del siglo diecinueve, hubiese signado en su desarrollo el momento celebratorio del Centenario hasta atravesar la década del diez, dicha cuestión se proyecta en el espacio histórico de los años veinte y treinta para encontrar una primera instancia de consumación en la ensayística que caracteriza a ese período.

De esa cuestión, nos interesa específicamente para nuestro comentario un aspecto puntual, como es el que refiere a la lengua y la literatura *nacionales*. En tal sentido, los años veinte y treinta exhiben un conjunto de posiciones diversas, por momentos encontradas, donde la pregunta acerca de la literatura argentina se revela como la otra cara de una moneda que tuviese estampada en su anverso la pregunta por la lengua argentina. Ello se corresponde, como es obvio, con la voluntad de discernir lo que podría llamarse *la identidad* de los argentinos, concepto o noción que, como se admite generalmente, tiende a deslizarse con facilidad hacia el terreno del esencialismo. De esa tendencia no están exentas algunas de esas posiciones, pero no todas incurrir en la misma falta, ya que otras tesis que asimismo se reconocen en esa etapa del pensamiento vernáculo suelen basarse en otra clase de sustratos intelectuales.

La posibilidad de comentar esas posiciones nos impone, en principio, dos tipos de recaudos. El primero, como es lógico, está referido al problema de su extensión o amplitud: dados los límites dentro de los cuales debe ceñirse esta exposición, no podremos comentar más que un número reducido de ellas. El segundo recaudo, a su vez, remite a una cuestión a la que podríamos denominar, acaso algo ampulosamente, como metodológica e incluso epistemológica, y que tiene que ver con el modo de aproximación que proponemos para su tratamiento. Porque si por una parte hemos decidido comentar un número limitado de posiciones acerca de la lengua y la literatura nacionales durante ese período histórico, por otra parte hemos decidido que el modo de su abordaje eludirá la perspectiva del suceder cronológico. La razón que funda esta decisión tiene que ver, como es obvio, con una determinada concepción acerca de lo que podría considerarse la dimensión histórica o más precisamente aún la *historicidad* de tales posiciones, a la que podríamos representar con la figura de un espacio que excede la unidimensionalidad de la temporalidad cronológica, para constituirse como una suerte de *volumen* articulado por diversas líneas que socavan, trastocándolo, el orden simple de la cronología. Situadas dentro de ese espacio volumétrico, designaremos en consecuencia a cada una de esas posiciones en términos de *inflexiones*.

Inflexión primera

Si un carácter o nota distintiva signa la naturaleza del idioma que hablamos los

argentinos, según Ezequiel Martínez Estrada, él es el de la *inadecuación*. Inadecuación en primer lugar a nivel físico y territorial, pero en segunda instancia –y ello es lo fundamental– a nivel espiritual, puesto que el idioma que hablamos los argentinos, y por extensión la totalidad de los países colonizados por España, es un idioma que no se compadece con las ideas y los sentimientos de los hablantes nativos.

De ese modo, *Radiografía de la pampa* denuncia la disociación constitutiva, originaria, que determina el destino del castellano en el territorio continental y nacional. Limitado a un uso puramente instrumental, separado de toda posibilidad genuina de expresar lo más hondo del espíritu de los hombres y pueblos americanos, el idioma de los colonizadores ha terminado por empobrecerse y bastardearse a lo largo de la historia.

Porque un idioma, nos recuerda Martínez Estrada, es menos un instrumento de la mente que de la sensibilidad, incluso de la sensibilidad orgánica o del subconsciente. Por ello no se habla pensando *sino sintiendo*, por lo cual el lenguaje en primer lugar es órgano de las necesidades estéticas y luego órgano de las necesidades lógicas.

Concebido el idioma desde el punto de vista de tal jerarquía, resulta coherente que Martínez Estrada encuentre en escritores nativos como Sarmiento, Gutiérrez, Lugones o Banchs las voces singulares que buscan evadirse de la tutela rígida de las formas verbales heredadas. El escritor argentino, según él, repudia la corrección fría de la forma castiza y correcta incapaz de manifestar sus nervios y su sangre, como lo prueba el estilo *matrero y enjuto* de Quiroga. *Se escribe mal porque secretamente avergüenza escribir bien*, sentencia Martínez Estrada, lo que conduce necesariamente a una actitud rencorosa respecto de la lengua heredada.

Ese rencor encuentra distintas vías de realización. En el caso del *bajo pueblo*, ello se manifiesta en la deformación, por medio de la inversión, del castellano: hablar al revés, al *vesre*. En el caso de las gentes cultas, el rencor se manifiesta en la fuga hacia las lenguas extrañas, entendida como movimiento de repugnancia en relación con el idioma nativo. Para el autor de *La cabeza de Goliath*, el *resentimiento* deviene así en la modalidad característica del vínculo que liga a los argentinos con su propia lengua.

Inflexión segunda

Lo que para Martínez Estrada se revela como *inadecuación* entre la lengua y las significaciones que debe manifestar, para Raúl Scalabrini Ortiz se muestra como una especie de enajenación, de alienación de lo más sustantivo del hombre porteño respecto de la palabra y el pensamiento europeos.

Lo esencial de la vida porteña –reza El hombre que está solo y espera– su hálito ingénito y peculiar, es una incorporeidad recubierta y tejida en órdenes europeos. Ello afecta lógicamente a las formas literarias que genera el país, por lo que su texto puede agregar: Con dolorosa frecuencia, apenas interrumpida por escasos

ensayos, el intelectual olvida que literatura que no es un desgarramiento vital que se anecdotiza, constancia de un espíritu nutrido de realidad, es vana nube de palabras. Admite asimismo que en los escritores nuevos hay ya una unción en que lo porteño está presente, la voz de un salmo que se preludia quedamente, pero a pesar de ello el Hombre de Corrientes y Esmeralda no los conoce todavía, puesto que esos poetas lo soslayan equivocadamente.

De ese modo, Scalabrini Ortiz dibuja otra clase de escisión, en este caso entre intelectuales y el hombre del pueblo. Ya no se trata de una impugnación total de la lengua, concebida como un instrumento inadecuado para expresar la sensibilidad del país, sino de una impugnación de la práctica discursiva de determinados sujetos sociales. Porque otros sujetos, aquellos en los que alienta de manera incontaminada *el espíritu de la tierra*, van tramando otra clase de expresión verbal, donde se vislumbra *la rehumanización de la vida*.

Si la cultura europea ha utilizado diversos conceptos y representaciones para organizar la visión dominante del mundo, el sentimiento precursor del hombre porteño *busca alcanzar la verdad humana de los hechos*. Por tal razón, su lenguaje es la primera fisonomía de sus sentimientos depuradores, que lo llevan a establecer un universo de significaciones difícilmente reductibles en relación con las formas establecidas por las normas socialmente impuestas del lenguaje. De ese modo, para la mirada de Raúl Scalabrini Ortiz el lenguaje popular termina cobrando un sentido emancipador, en la medida en que confronta con las formas discursivas de la cultura dominante.

Enfrentando con la riqueza de su prosa las impugnaciones que podrían calificar a su contenido en términos de romanticismo o populismo, la escritura de *El hombre que está solo y espera* concluye con un mensaje esperanzado y mesiánico, cuando afirma que el lenguaje del hombre porteño *es ya una música cuyas notas son pocas palabras que se amalgaman, se enmiendan o someten mutuamente, como líneas melódicas de una sinfonía, aliadas a gamas infinitamente cambiantes de miradas, de voces y de gestos...*, para anunciar por fin: *Ya hay algo nuevo en ese amasijo informe de la amistad. Por primera vez, el hombre está junto al hombre.*

Inflexión tercera

La primera edición de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* de Oliverio Gironde está precedida por una "Carta abierta a 'La Púa'". Dicha carta, publicada originariamente en el número dos de *Martín Fierro* al modo de presentación de un conjunto de poemas pertenecientes al libro, utiliza retóricamente las palabras atribuidas a un amigo para justificar la publicación de ese texto primerizo. De tal modo, su texto refiere que *uno contesta a la insinuación de algún amigo: "¿Para qué publicar? Ustedes no lo necesitan para estimarme, por lo demás..."*. Frente a lo cual el amigo, apocalíptico e inexorable, replica: *Porque es necesario declararle como tú le has declarado la guerra a la levita, que en nuestro país lleva a todas partes; a la*

levita con que se escribe en España, cuando no se escribe de golilla, de sotana o en mangas de camisa. Porque es imprescindible tener fe, como tú la tienes, en nuestra fonética, desde que fuimos nosotros, los americanos, quienes hemos oxigenado el castellano, haciéndolo un idioma respirable, un idioma que puede usarse cotidianamente y escribirse de “americana”, con la “americana” nuestra de todos los días...

Así, la cita expone, de modo transparente, los supuestos sobre los que se asienta el programa vanguardista de Girondo: porque si por una parte se trata de cortar amarras respecto de la tradición, y de la tradición hispánica en particular, por otra parte se trata de *tener fe en nuestra fonética*, es decir, en la manera singular en que la lengua española es modulada en el ámbito territorial y cultural del Río de la Plata. Se trata, literalmente, de hablar en argentino, o más precisamente aún, de hablar en la lengua o *con la lengua* criolla de los argentinos.

Inflexión cuarta

Más allá de Girondo, y como si se tratara del verdadero generador de las tesis sobre el *criollismo* de los escritores argentinos que *Martín Fierro* asume —exponiéndolas paradigmáticamente en el manifiesto redactado por el propio Girondo y publicado en el número cuatro de la revista—, Jorge Luis Borges propone (y se propone) actualizar la poética de la literatura local. Pero esa actualización, lejos de pensarse desvinculada respecto de las vertientes culturales y lingüísticas de la tradición nacional, se concibe como una suerte de *continuidad modernizante* de la misma. Por tal razón, Borges concibe la posibilidad de actualizar el discurso y la poética de la moderna literatura nacional utilizando un habla típicamente argentina, que se nutra de las formas idiosincrásicas del decir criollo con que el español es modulado en el ámbito rioplatense.

Ese *criollismo* borgeano se constituye sobre la base de dos negaciones. Por una parte, la de los saineteros *que escriben un lenguaje que ninguno habla*, de carácter caricaturesco y exagerado, y que se alimenta de las formas del *arrabalerero*. De forma notoria, ese término supone, para Borges, un sentido más económico que geográfico, en la medida en que alude al lenguaje de las “clases pobres” y del que, cuando intenta develar su origen, afirma que no es más que una decantación o divulgación del *lunfardo*, es decir, una jerga propia de delincuentes. Por otra parte, el *criollismo* borgeano supone negar la conducta de quienes escriben al modo culto, remedando las formas peninsulares y canónicas de un español extraño y de diccionario.

En tal sentido, la posición de Borges supone reconocer una nueva disociación, ya no entre idioma y hablantes, o entre intelectuales y pueblo, sino entre palabra escrita y palabra dicha. Esa disociación se sitúa ahora en el seno mismo del escritor, en su interioridad por así decir, para componer la figura de un sujeto dividido entre dos sistemas expresivos. Por ello Borges puede afirmar que no hablamos como escribimos, o que no escribimos como hablamos. Sin embargo,

y equidistante de esas dos clases de erratas, advierte Borges, el no escrito idioma de los argentinos *sigue diciéndonos*. Sigue diciéndonos en la enunciación de nuestra pasión, de nuestra casa, de la confianza, de la conversada amistad.

Se trata, en consecuencia, de enmendar ese divorcio, de religar lo que los tiempos han desligado. Por tal razón, Borges puede agregar que *Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano*. Escribieron el dialecto usual de sus días: *ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia*.

De tal manera, la escritura de Borges traza una genealogía donde se inscriben los nombres de Echeverría, Sarmiento, Vicente Fidel López, Mansilla o Wilde, a los que se convoca para ilustrar las formas deseables de la futura literatura argentina. *Nosotros quisiéramos un español dócil y venturoso, dice en consecuencia, que se llevara bien con la apasionada condición de nuestros ponientes y con la infinitud de dulzura de nuestros barrios y con el poderío de nuestros veranos y nuestras lluvias y con nuestra pública fe*.

Semejante idioma ha sido hasta entonces, desde la perspectiva de Borges, un auténtico tesoro oral por sobre todas las cosas. Verterlo en literatura, plasmarlo en la letra de los textos argentinos por venir, es la esperanza –el tamaño de la esperanza– de su proyecto poético.

Inflexión quinta

Borges no sólo teoriza acerca del idioma de los argentinos; también intenta llevarlo a la práctica. Esa intención es lo que alienta la escritura de sus libros de poemas y de ensayos del período, expurgados o reescritos hasta convertirlos en otros textos en la versión de sus Obras Completas.

De manera que Borges pretende encarnar, en los libros de su juventud vanguardista, la figura del escritor nacional. Pero esa pretensión no siempre fue leída como una aspiración genuina y lograda, ya que en ocasiones fue vista como mera impostura.

En un libro de título intimidatorio –*Policía intelectual*– Ramón Doll afirma que Jorge Luis Borges, racial y temporalmente tan criollo, *ha escogido una expresión, una prosa antiargentina*. Proclive a las invectivas, Doll define a Borges en ese texto como este *argentino que habla como un español del siglo XVI que tratara de imitar a un compadrón porteño de 1900*. La frase asigna a Borges los dos caracteres que el autor de *El idioma de los argentinos* recusara como formas inviables para una literatura nacional: el hispanismo y el arrabalero. De manera que el texto de Doll viene a practicar otro movimiento de separación, en este caso del propio Borges respecto del espacio de la literatura argentina.

Ese espacio está conformado, según Doll, por aquellos escritores que, como Güiraldes, supieron cultivar una prosa verdaderamente nacional. Prosa que se caracteriza por su inclinación a la sencillez y la naturalidad, por su preferencia

por la dicción clara, natural, y por el lenguaje conversado y directo. De tales inclinaciones y preferencias carece por completo la prosa de Borges, puesto que no tiene tono afectivo alguno, siendo por el contrario su expresión frígida y rebuscada.

La prosa de Borges, agrega Doll, manifiesta además *un firme propósito de irritar a los argentinos, con el excesivo cuidado en la propiedad del lenguaje (purismo); con la preocupación de cargar demasiada intención en las palabras (conceptismo) y con el pasatiempo de las sorpresas verbales (preciosismo)*. Como ejemplo de ello afirma que *cualquier argentino prefiere que se diga “falta de curiosidad” a “incurosidad”; “no frecuente” a “infrecuente”; “Buenos Aires está a la altura de Chicago en homicidios” a “Buenos Aires se hombrea con Chicago homicidamente”*.

La lengua literaria de Borges es leída, de ese modo, como afectación y construcción artificiosa, ubicada a distancia respecto de las formas vívidas del lenguaje real. Notablemente, se trata de los mismos argumentos críticos con que Borges descalifica la lengua de los saineteros, de los arrabaleros, de los amantes de la gramática y el diccionario, e incluso de la poesía gauchesca.

Inflexión sexta

Roberto Arlt también escribe un texto al que intitula “El idioma de los argentinos”. Claro que en su caso ya no se trata de un ensayo –género impracticable desde las condiciones de producción a partir de las cuales desarrolla su labor de escritor– sino de un *aguafuerte*, esa clase de textos que, presentándose en principio como notas periodísticas, se leen de inmediato como *un exceso* respecto de las formas genéricas típicas de los medios de prensa.

Pero como las aguafuertes de Arlt se componen a partir de todo el arsenal de formas y procedimientos poético-retóricos que utiliza cualquier escritor, tampoco sería incorrecto sostener que, en ocasiones como ésta, sus textos periodísticos se leen como pequeños ensayos impresos sobre la principal página de un diario. Porque en el caso de “El idioma de los argentinos” arltiano su escritura despliega todos los recursos característicos de la mejor ensayística: polémica con autores a los que se critica, postulación de posiciones alternativas, utilización de argumentos tan punzantes como persuasivos, enunciación del discurso a través de una elocución verdaderamente impactante.

Es a partir de esa clase de dispositivo retórico, entonces, que Arlt también aborda la cuestión del idioma nacional. Así, después de descalificar a uno de los exponentes típicos de la cultura oficial como José María Monner Sans –quien había proclamado la necesidad de depurar la lengua del país amenazada por el lunfardo–, Arlt expone una de sus insólitas tesis, utilizando para ello un lenguaje familiar y sarcástico, al comparar la gramática con el boxeo. La argumentación que sostiene tal tesis es tan simple como contundente: gramática y boxeo son una cuestión de reglas, pero su observancia, lejos de garantizar el éxito de su

práctica, por el contrario la constriñe y empobrece. Los mejores boxeadores, recuerda Arlt, son aquellos que *sacan golpes “de todos los ángulos”* o, en otras palabras, *los que se le escapan por una tangente a la escolástica gramatical del boxeo.*

La analogía se completa afirmando que *con los pueblos y el idioma ocurre lo mismo.* Los pueblos bestias se perpetúan en su idioma, le recuerda Arlt a su circunstancial antagonista, dado que, no teniendo ideas nuevas que expresar, no necesitan palabras nuevas o giros extraños. Pero los pueblos que, como el nuestro, están en una continua evolución, agrega, *sacan palabras de todos los ángulos, palabras que indignan a los profesores, como lo indigna a un profesor de boxeo europeo el hecho inconcebible de que un muchacho que boxea mal le rompa el alma a un alumno suyo que, técnicamente, es un perfecto pugilista.*

De tal forma, la escritura acrática de Arlt reivindica la creatividad e incluso la *prepotencia* del lenguaje popular, que siempre depone la pretensión absurda de *enchalecar en una gramática canónica las ideas siempre cambiantes y nuevas de los pueblos.* Esa creatividad y esa prepotencia, según Arlt, *terminan por imponerse.* Se trata literalmente de una *cuestión de fuerza* –aunque habría que detenerse en todos los sentidos posibles virtualmente implicados por ese término– frente a la que nada pueden las normas y las prescripciones.

Es por ello que los escritores que *han influido más sobre nuestro idioma* son Last Reason, Félix Lima, Fray Mocho y otros similares, y no los gramáticos a los que el texto tilda de *ratones de biblioteca.* De esa manera, la escritura de Arlt opera un nuevo desplazamiento en el espacio polémico del campo cultural de la época, al oponer las formas populares y lunfardas del idioma nativo a las formas rígidas y artificiosas de una lengua modelo establecida por el poder.

Pero esa oposición polémica no se limita a la mera constatación de un hecho, al relevamiento de un cierto estado de una cuestión. Provocativamente, y como es propio de su estilo, Arlt termina situándose discursivamente en el espacio de la cultura y la lengua populares, al asumir en su propia escritura sus formas características. De ese modo, se permite lo que la mayoría de sus contemporáneos no podía permitirse: valorar el habla popular de su época, adoptar sus formas espurias, utilizar voces no sólo lunfardas sino también de origen foráneo, y construir con esa argamasa verbal una de las zonas fundamentales de la literatura argentina moderna.

Bibliografía

Arlt, Roberto (1990). “El idioma de los argentinos”, en *Aguafuertes porteñas*, Losada, Buenos Aires.

Borges, Jorge Luis (1994). “El idioma de los argentinos”, en *El idioma de los argentinos*, Seix Barral, Buenos Aires.

Doll, Ramón (1933). "Discusiones con Borges", en *Policía Intelectual*, Tor, Buenos Aires.

Girondo, Oliverio (1981). "Carta abierta a La Púa", en *Espantapájaros y otras obras*, CEDAL, Buenos Aires.

Martínez Estrada, Ezequiel (1991). "Las fuerzas psíquicas", en *Radiografía de la Pampa*, Losada, Buenos Aires.

Scalabrini Ortiz, Raúl (1991). *El hombre que está sólo y espera*, Plus Ultra, Buenos Aires.